

sus tesis de Filosofía al Corazon divino, ensalzando sus excelencias: durante su magisterio, en sus excursiones apostólicas, en la direccion de las almas, en tantos cargos de gobierno como tuvo, no cesó de inculcar esta dulcísima devocion; y cuando ya por la vejez imposibilitado no pudo predicar las glorias del Corazon de Jesus, su pluma nos legó la obra: *Antigüedad del culto al Corazon de Jesus*, «la más amplia—dice el erudito P. Uriarte—la más erudita y eficaz que conocemos sobre este asunto.»

Tambien se acogió á Loyola, para descansar algun tiempo de sus fatigas apostólicas y emprender nuevas hazañas, el P. Sebastian de Mendiburu, á quien llamaban el Ciceron vascongado, que erigió un sin número de congregaciones del Corazon de Jesus en Navarra y Guipúzcoa, y para mucho bien de la euskalerría dejó escrito el libro más precioso de la devocion al Corazon de Jesus que se conoce en vascuence. No ménos notable es por muchos conceptos el P. Manuel de Larramendi, que pasó en Loyola buena parte de su vida, y cuyas cenizas reposan al pié de la Santa Casa. Fué singularmente devoto de los Sagrados Corazones de Jesus y María y acérrimo impugnador en vigorosos escritos del jansenismo, entónces reinante, pravedad herética tan enemiga de la Compañía de Jesus como del divino Corazon. Y no decimos nada, pues no es este nuestro intento, de otras muchas obras suyas de distinta índole, como su célebre *Imposible vencido* que le ponen por confesion unánime de propios y extraños á la cabeza de los mejores bascófilos (1).

Pero quien reclamaria aquí un largo encomio, si fuera

(1) El 28 de Enero de 1766, el P. Larramendi, animando á los nuestros á las tribulaciones que amenazaban á la Compañía y que se realizaron en la expulsion, y asistido de los PP. Mendizábal y Cardaveráz, dió su alma al Señor en el aposento del piso superior del Colegio de Loyola que forma ángulo y cae en frente de la nueva Hospedería.

aquí posible, es la buena memoria del estático varon precursor y sucesor del P. Hoyos en la devocion al Corazon divino y que comparte con el P. Hoyos los honores de amigo y apóstol del Corazon de Jesus en España. Hablamos del P. Agustin de Cardaveráz.

En Loyola pasó la mejor y mayor parte de su vida desde el año 1736 hasta el dia 3 de Abril de 1767, en que salió desterrado camino de Italia con sus hermanos de Religion. A la Santa Casa se acogió despues de sus expediciones apostólicas durante veinte años, en los meses de invierno y para hacer los Ejercicios anuales. En la Santa Casa de Loyola hizo su solemne profesion, cuya fórmula rubricó con su propia sangre; así como con su propia sangre consignó ántes de la firma unas cláusulas devotísimas, en las que expresaba su amor y consagracion especial al Corazon de Jesus, sintiendo no poderlas escribir con sangre de su mismo corazon. Se sabe que ocupó el aposento que está en el piso principal cerca de la gran escalera del ala derecha, y lleva esculpido en su dintel de piedra el número IIII, y no es mucho suponer que, estando á la vista y á dos pasos de la Santa Casa donde moraba *su amor Jesus*, se le iria de continuo hacia él su corazon, que moveria sus pasos con gran frecuencia hasta las tribunas de la Santa Casa, y que allí, en presencia de Jesus sacramentado, recibiria muchos de los extraordinarios favores cuyo maravilloso relato arrancó á su humildad la obediencia y expreso mandato de los directores de su alma.

Más de doce años vivió retirado en Loyola y completamente absorto en la contemplacion del Corazon de Jesus, todo el tiempo que no consagraba á dar los Ejercicios de su Santo Padre á todas clases de personas con increíble fruto, y á escribir en vascuence para tanto bien de las provincias hermanas muchos libros espirituales sobre los mismos Ejercicios espirituales de San Ignacio, sobre la devocion á Jesus,

María y José, á San Luis y San Estanislao, y otros asuntos.

Este insigne varon, favorecido del Corazon de Jesus con extraordinarios favores y asombrosa familiaridad é intimidad, que con el P. Hoyos y con los PP. Loyola, Calatayud, Peñalosa y tantos otros habia trabajado tan eficaz é incansablemente en pro del reinado de Jesus en España, tuvo que dejar su querida España para siempre, y despues de increíbles penalidades sufridas con un gozo y una paz de espíritu más increíbles aún, venir á morir santamente en Castel San Giovanni, á diez millas de Bolonia, el 18 de Octubre de 1770 (1).

A la salida de los Padres para el destierro, la Santa Casa, iglesia y colegio con todos sus muebles y alhajas fueron entregados á D. Juan de Landa, vecino de Azpeitia, comisionado por el Administrador general de los bienes de la Compañía incorporados á la Corona. Todo quedó por de pronto en buenas manos, que tales eran las del Sr. Landa y las de los Directores de la Casa de Misericordia de Azpeitia, quienes, como buenos guipuzcoanos, miraron con mayor interés por los bienes de San Ignacio que por los suyos propios, y lograron conservarlos intactos mientras las circunstancias lo permitieron.

Mas sobrevino la primera invasion francesa en 1793, y tan ricas alhajas cuales eran las de la Santa Casa y algunas de la iglesia, ya no podian tener seguridad. Ocupó, en efecto, una partida de invasores el colegio de Loyola, y fué necesario que D. Pedro de Larrumbide, á la cabeza de 200 vascongados, rescatase por la fuerza los objetos de valor. Este mismo caballero, ó porque tuviese orden para

(1) El que desee formarse algun concepto de la santidad del P. Cardaveráz y de sus trabajos en pro del Corazon de Jesus, lea el *Compendio de su Vida* por el P. Fonseca, y la obra del P. Uriarte: *Principios del reinado del Corazon de Jesus en España*.

ello, ó porque creyese que en aquellas circunstancias no podrian salvarse de la rapacidad, se dirigió en persona á Madrid y puso en manos del Rey aquel tesoro. Y aquí concluye la historia de lo más precioso de las alhajas de la Santa Casa de Loyola. ¿Cuál seria el paradero del gran retablo de plata? ¿Qué se haria del riquísimo relicario? Nada nos dicen sobre esto documentos ni tradiciones...

Durante toda esta época, si bien la devocion de los guipuzcoanos para con su Santo compatriota jamás se desmintió, la Santa Casa careció de un sacerdote que celebrara diariamente, y sólo los dias festivos se decia una Misa, cuya limosna costeaban los vecinos del barrio de Loyola. En 1796 los canónigos Premonstratenses del monasterio de Urdax, en Navarra, cuyo convento habia sido arrasado por los franceses, pidieron á Carlos IV les concediera acogerse á Loyola mientras reedificaban su derruido monasterio.

Obtuvieron esta gracia, y por Real orden de 14 de Junio del siguiente año les fué entregado todo el edificio con su mobiliario, las alhajas de oro y plata que se conservaban y los ornamentos; además les señalaron 6.000 reales anuales para los reparos indispensables de tan vasto edificio. Así permaneció el colegio dignamente ocupado cerca de diez años, y el culto, tanto de la Santa Casa como de la iglesia, decorosamente sostenido, hasta que en 1806 aquellos venerables religiosos volvieron á su convento ya restaurado.

A la partida de los PP. Premonstratenses, fué nombrado por Real cédula custodio de Loyola y cuanto le pertenecia D. Miguel Pizarro, extremeño, caballero de una integridad á toda prueba, y cuyo celo por la conservacion de aquel sagrado depósito en medio de circunstancias tan difíciles, hace su nombre muy grato á todos los hijos de la Compañía.

Recibido por inventario el edificio con todos sus enseres, y depositados en la Santa Casa todos los objetos de algun valor, no confiaba á nadie las llaves, asistiendo él en per-

sona, ó alguno de sus hijos, siempre que la piedad de los fieles deseaba que se celebrase el santo sacrificio en alguna de aquellas devotísimas capillas. Trató en seguida de dar alguna regularidad y constancia al culto, pidiendo al Administrador de los bienes incorporados á la Corona la restitucion de dos antiguas capellanías, fundadas la una con el fin de hacer celebrar una Misa los dias festivos, y la otra para mantener constantemente una lámpara en el altar de San Ignacio. Obtuvo fácilmente su piadosa pretension, y fué nombrado capellan el beneficiado D. Manuel Furundarona, quien, á instancias de Pizarro, explicaba tambien la doctrina cristiana con mucho aprovechamiento de aquellos piadosos vecinos.

Estos fueron los primeros pasos del celoso depositario; pero los tiempos eran críticos y temia con sobrada razon no poder salir airoso en su comision de custodiar un edificio tan extenso, y en el cual habia objetos que podian excitar la codicia. Pidió, pues, y le fué concedido, un resguardo de 12 soldados que se cambiaban mensualmente, con lo cual todo gozó de seguridad por algun tiempo, hasta que el grito de independenciam que resonó en Zaragoza (1808) hizo imposible aquel resguardo, acudiendo todos á donde les llamaba la voz de la patria.

Con este incidente Loyola quedó en el mismo peligro ó mayor que ántes, por lo que Pizarro tomó la resolucion de esconder las alhajas todas en un sitio tan oculto que fuese imposible descubrirlas. Ayudado de sus dos hijos D. Pedro y D. José, y del inquilino de la hospedería y huerta, puso por obra su intento tan secretamente, y fueron tan fieles los tres depositarios del secreto, que, á pesar de las exquisitas diligencias hechas para descubrir aquel sagrado tesoro, jamás pudieron conseguirlo, como veremos luego.

El haber desaparecido tan repentinamente la estatua de

plata de San Ignacio y todos los demás objetos de valor sin que nadie supiera su paradero, dió ocasion á muchas conjeturas y murmuraciones entre el vulgo y no pocas personas adictas á los franceses, contra Pizarro, que de todo se reia, dejando al tiempo la reparacion de su fama, tildada por injustas lenguas.

Entre tanto la guerra ardia y el noble caballero no sufría estarse quedo. Dejó á sus hijos el cuidado de su depósito con las debidas instrucciones, y marchó á ponerse á las órdenes de la Junta central. El siguiente año de 1809 circuló una orden general del rey intruso mandando se pusiera á su disposicion todo el oro y plata de las iglesias y conventos del país que dominaba, para invertir su producto en la subsistencia de las tropas francesas. Nombráronse comisionados para su ejecucion, y el de Azpeitia, poniendo desde luego sus miras en Loyola, tomó especialísimas providencias para no errar el golpe. Mas de nada le valió, porque el jóven D. José Pizarro supo haberse con tal destreza, que no sólo no descubrieron el tesoro que ambicionaban, sino que persuadió al alcalde de aquella villa que no debia permitir se tocara el único cáliz y la plancha de plata que cubria la puerta del sagrario, como lo iba á hacer el celoso comisionado de los invasores.

La justa resistencia del alcalde y la poca felicidad que iba experimentando en su comision, tuvieron por efecto que Lerrundi obtuviese de la Diputacion de Guipúzcoa adicta, como se ve, á los franceses, un oficio, en el cual grave y terminantemente se intimaba á las autoridades de Azpeitia averiguasen el paradero del oro y plata de colegio de Loyola.

Formóse un tribunal presidido por el mismo comisionado Lerrundi, orgulloso con el apoyo de la Diputacion, y fué citado á él D. José Pizarro; mas este jóven sagaz é ingenioso habia tramado su plan de defensa tan sutil y delicadamente, que dejó á sus jueces sin palabra, ménos á Lerrun-

di que prorrumpió en improperios, viendo por segunda vez frustrados los conatos de su celo impío y antipatriótico por demás. Informada del caso la Diputacion, hubo de callar y conformarse por de pronto.

Por este tiempo D. Miguel Pizarro llegó á Azpeitia á desempeñar cierta importante mision de la Junta central, y sabedor de lo ocurrido en su ausencia, ocultó más las alhajas, y permanecieron así hasta 1812. Por lo demás, ni los enemigos desistieron de su ambicioso intento, ni dejaron sin venganza la fidelidad de los Pizarros.

Fuera de las calumnias y prisiones que D. José había sufrido de parte de sus enemigos, los secuaces del rey intruso, por Agosto de este año (1812) se presentó en Azpeitia una columna de 6.000 franceses, penetraron en el colegio, hicieron excavaciones por diversos puntos, ocasionando no pequeños daños en todas partes; mas, viéndose por tercera vez chasqueados, fueron á desfogar su saña en las casas y bienes de los Pizarros, prófugos por los montes y riscos más inaccesibles.

A pesar de todo, quiso el juez de policía de San Sebastian hacer un nuevo esfuerzo, que la codicia daba constancia á aquellos hombres deseosos sin duda de privar ante los opresores de su patria. Súpolo Pizarro, no obstante el secreto con que se preparaba aquella cuarta expedicion, con la particularidad de que el dicho juez aseguraba saber de cierto el lugar donde estaba oculto el tesoro de Loyola; mas no era tiempo de averiguar si tal conocimiento era cierto ó no, sino de tomar medidas prontas para su defensa.

Estaba en esos dias en Azcoitia el general Mendizábal y la Diputacion provincial. Acudió á ellos Pizarro pidiendo á nombre del Rey que le auxiliasen para poner en salvo el depósito que había recibido de S. M., y que en aquellos momentos ponía en nuevo peligro la rapacidad enemiga. No pudo ménos aquella noble corporacion de aceptar la

propuesta de caballero tan fiel y tan solícito por los intere-



La estatua de San Ignacio, de plata.

ses de Dios y de su Rey, y aquella misma noche entregó por inventario todas las alhajas, reservándose únicamente

la reliquia grande de San Ignacio, objeto que, con ser el más precioso de todos, era sin duda el ménos codiciado por aquellos hombres sin religion. Todo aquel tesoro fué conducido á Bilbao, por creerse que en aquella villa gozarian de mayor seguridad.

Entre los objetos de más valor figuraba la estatua de plata del santo Patriarca. Es esta imágen donativo de la Real Compañía guipuzcoana de Caracas, trabajada en Roma con exquisito primor y gusto artístico: su altura es de tamaño más que natural, y representa á San Ignacio en apostura gallarda y majestuosa, revestido de ornamentos sacerdotales; al pié tenia un ángel con el libro de las constituciones de la Compañía. Desde 1758 formaba uno de los más bellos ornamentos de la magnífica rotonda, y habia pasado felizmente por las vicisitudes hasta ahora referidas.

Los de la Diputacion, deseosos de asegurar mejor tan rico y hermoso monumento del arte, entendiéndose con Zumalacárregui, diputado entónces en las Cortes, la trasladaron por mar á Cádiz, en cuyo puerto fué recibida con singular entusiasmo, haciéndosele los honores de Capitan general. Aquí permaneció hasta que, concluida la guerra, Pizarro reclamó su devolucion para colocarla en su iglesia; mas la provincia de Guipúzcoa pidió y obtuvo del Rey conservar la en la iglesia parroquial de San Sebastian, donde permaneció en gran veneracion hasta el año 1816, en que, segun las condiciones de la real coneesion, fué restituida á sus legítimos dueños.

Respecto de los demás objetos trasladados á Bilbao, no se ha llegado á saber con certeza su último paradero: supónese que en las aperturas de la guerra fué necesario hacer uso de ellos. Pizarro tuvo la felicidad de entregar su depósito en manos de un real comisionado de la Junta del restablecimiento de los jesuitas despues de diez años de grandes trabajos por su conservacion; trabajos que si el espíritu

provincial impidió se estimasen en todo su valor y fuesen reconocidos y recompensados como servicios hechos al Rey, nosotros no podemos ménos de agradecerlos como hechos á San Ignacio, y conservar el nombre de tan cristiano y piadoso caballero en el catálogo de los insignes bienhechores de la Compañía.

Durante esta década el colegio estuvo cerrado, fuera de los tres últimos años (1813 á 1816) que sirvió de hospital militar; pero el culto jamás faltó en la Santa Casa, pues la devocion de los vecinos no podia carecer de aquel sagrado lugar donde encontraba consuelo y alivio en circunstancias tan calamitosas.

En estos ligeros rasgos está resumida la historia de Loyola en este medio siglo que contamos desde la primera expulsion de la Compañía en España (1767) hasta su restitucion en 1816: historia triste por cierto, pero que sólo comprende el principio de la época más aciaga aún, cuyos sucesos veremos con dolor desarrollarse en el curso del presente siglo.

